

VII

UN TRABAJO  
QUE NO CUENTA COMO TRABAJO

¿**C**ómo salí de la prostitución? Pues asumiendo lo contrario del consumismo, lo cual hablando en plata se llama volverse pobre. Logré dejar la prostitución yéndome al extremo: acepté ser pobre, al menos durante un tiempo. La cosa no tenía vuelta de hoja: o lo hacía así, o no salía.

Hay quien logra salir por la vía matrimonial. Conozco algunos casos de exputas que lo son porque se casaron con exclientes y el caso de otra que se casó con un no-cliente, pero muy rico, y dejó el puterío. Cabría preguntarse si dejar de ser puta porque te casas no es un modo encubierto de continuar dependiendo de un hombre por dinero; pero, aunque esto pueda ser verdad en principio, no es lo mismo que acostarte por necesidad con docenas de hombres que no te gustan para sobrevivir, no sé si me explico.

Otras putas, aunque son casos excepcionales, lo dejan porque logran estudiar o proyectar algo que finalmente les funciona. Afortunadas ellas, no fue mi caso. Otras se montan su propio negocio “puteril” y en realidad nunca salen del ambiente. Finalmente estoy yo, y tal vez otras como yo (aunque todavía no he conocido a nadie con una historia similar), las que no fuimos capaces de dar con otra clave para dejarlo salvo asumir que no íbamos a ganar dinero y que nos daba igual. Sientes que tu si-

tuación es a vida o muerte, y te la juegas. Intuyes que, o lo dejas ya, o eso acaba contigo. Te ves en las puertas de la aniquilación personal o del desespero suicida, te agarras fuerte y te lanzas a la nada... A la pobreza. Aunque te dé pavor.

En lo que casi nadie piensa es en que siendo puta trabajas mucho pero no cotizas, ni tu dinero existe legalmente, por lo tanto si lo dejas no tienes nada. Cero. Ni paro ni puñetas. Además, empiezan a verse extrañas lagunas de tiempo en tu currículum y, salvo que tengas coartadas astutas o una manera de falsear tu historial laboral sin que se pueda comprobar la mentira (por ejemplo, que alguna amistad diga que trabajaste en su negocio o empresa), te vas convirtiendo en una cosa rara. Eres relativamente joven, no tienes mayores problemas ni te falta formación, pero apenas has trabajado. ¿Qué pasa aquí? O bien eres una niña de papá sin verdadero interés por el trabajo (malo) o bien ocultas algo (malo) o bien eres más inestable de lo que aparentas (malo) o bien... Definitivamente, no quedas nada presentable.

Lo curioso es que en realidad acumulas experiencia, solo que no es demostrable. Una experiencia enorme en relaciones públicas, en instinto social. Siendo puta perdí casi toda mi timidez: me convertí en extrovertida, comunicativa, arriesgada, astuta. Aprendí muchísimo. Desde entonces me sentí capaz de ponerme a trabajar de cara al público donde fuera. Por ejemplo en hoteles, restaurantes, salas de convenciones... Para remate, siendo puta a veces practicas idiomas porque conversas con clientes de otros países, lo cual, si no eres muy cerrada, te convierte tarde o temprano en una mujer de mundo, capaz de caer de pie como los gatos en muchas circunstancias que aturdirían a otras. Tú ya estás curada de espantos y en cuestión de relaciones públicas eres capaz de afrontar lo que venga y como venga, sin arrugarte y sin que se te note en la cara lo que sientes realmente.

Y toda esta experiencia, llamada vulgarmente “tener tablas”, o mejor aún, “savoir faire”, resulta que se te medio nota en el aire desenvuelto, pero para los trabajos en que realmente interesaría no te sirve, porque en tu currículum no hay estudios de idiomas a nivel universitario ni títulos de hostelería, de secretariado, de comercio internacional, de relaciones públicas, etc. Con lo cual pasan delante de ti las personas que sí tienen esos títulos, aunque a la hora de la verdad su experiencia en trato humano sea menor. Existen otros trabajos donde sí te admitirían, porque no requieren apenas formación o títulos, pero entonces las “tablas” o tu desenvoltura no interesan porque piensan que no vas a soportarlos, que te vas a largar al primer día tras otra oportunidad mejor o que querrás saber más que el jefe. En definitiva, opinan que no serás una empleada obediente y tranquila aunque tú estés dispuesta a serlo y hasta te plantees fingir que eres tonta y pavisosa. Pero ya es demasiado tarde; debiste hacerte la ignorante y la sumisa desde el primer momento.

Yo estudié varias cosas en la universidad, pero solo terminé una línea de estudios, relacionada con el mundo del arte. Afronté años de estudios muy caros en escuelas privadas, no solo en concepto de matrículas, sino también de materiales que había que comprar, pero todo eso me sirvió más para saber del mundo empresarial y social que para encontrar trabajo. Después de tanta inversión de tiempo, esfuerzo y economía, después de “poner el coño” para pagarme todo aquello, no me sirvió para lo que yo quería, que era trabajar pronto y bien.

Mi historia es como la de muchas otras. Al final, vas dejando aparte el mundo laboral con el que soñaste en un principio. Encuentras otros trabajos que no pertenecen a tu ámbito profesional y empiezas a quedarte desfasada. Poco a poco olvidas lo que aprendiste, ya no sabes lo que se cuece en la actualidad, surgen

nuevas técnicas que ya no conoces, etcétera. Pero reciclarse cuesta dinero, también. Paga cursillos, aprende cómo funcionan los programas de última generación, etc. Un día me harté y abandoné ese campo laboral para siempre. Hoy, al recordarlo, hasta me da rabia haber gastado un tiempo tan precioso de mi vida en aquello. Fue una de las mayores equivocaciones de mi vida, aunque no la única.

La prostitución está muy relacionada con la dificultad para encontrar otros trabajos. Digamos que la precariedad laboral no es la causa de que exista el puterío, pero contribuye mucho a ello. También el tema de la ilegalidad es un conflicto constante para las prostitutas. Si trabajas como puta, ganas dinero y solucionas problemas urgentes, pero te creas otros a largo plazo. Al principio yo pensaba que estaría bien legalizar la prostitución, para que las que lo hicieran voluntariamente, como yo y tantas otras que conocí, pudieran cotizar y cobrar el paro cuando lo dejaran. Con diez años de puterío cotizado no estaría como estoy, pobre como las ratas, no habría afrontado mi cambio de vida a riesgo de pasar hambre.

Pero cuando planteaba la cuestión de la legalización en el ambiente de trabajo y discutíamos sobre ello, nos dábamos cuenta de que era muy poco realista. Muy pocas putas querrían admitir públicamente su condición. ¿Por qué? Porque no hay aceptación social para la puta. A ver quién te iba a dar otro trabajo si fuiste puta. ¿Qué vas a tener, un currículum de puta para optar a otro trabajo? No te lo van a dar. ¿Y entonces qué, te haces un currículum para seguir currando como puta? ¿Hasta cuándo? ¿Y te jubilarás con sesenta y cinco años? Por favor.

Me puedo imaginar lo que pasaría: sabiendo que eres puta, porque lo dice un papel, muchos hombres intentarían aprovecharse de ti. Aunque te ofrecieran un trabajo diferente, lo harían para meterte mano por debajo de la mesa, porque pensarían que

contigo no importaba. Total, ya debías de estar acostumbrada ¿no? Otros te querrían redimir, pero te situarían en una posición de eterna subordinada dependiente de su magnanimidad y lástima. A lo mejor te daban un trabajo de barrendera ocasional y eso con suerte. Que no tengo nada en contra de ser barrendera, y lo que se dice limpiar mierda, he limpiado bastante. Pero qué quieres, muchas aspirábamos a algo más. No por orgullo o vanidad sino porque tienes familia o quieres tenerla y piensas en tu vejez. Y no te puedes proyectar a largo plazo imaginándote así, barriendo calles hasta que te mueras de reuma. No sé. Es que no creo ni que te quieran emplear en esos trabajos a partir de ciertas edades. Dar trabajo a una mujer considerada “vieja” es un reto social. Así que algunos empleos son oficios para salir del paso, pero después ¿qué?

Respecto a lo de constar en los papeles legales como puta, o ex-puta, seguro que también habría muchas mujeres inseguras a tu lado, temiendo que les robes al marido, mirándote con una mezcla entre envidia, rabia y miedo. Mientras nuestra sociedad sea como es, no es seguro salir del armario como puta, lo siento. Se acepta antes a un exdrogadicto o un exalcohólico que a una ex-puta. No, tener “carnet de puta” o declararlo oficialmente como fuente de ingresos es algo que muy pocas mujeres se atreverían a hacer. Así que no puede ser una solución para todas. Muchas hemos escondido nuestra verdad de las familias, imagínate si se supiera oficialmente, si quedara registrado en el INEM, por ejemplo. ¿Y cómo evitar que te fichen? ¿Usando un seudónimo, como en el trabajo de puta, para no dar tu verdadera identidad? Al final siempre tienes que mostrar tu DNI. ¿Qué hacer, entonces, dar dos carnets diferentes a las putas? Está claro que no.

¿Cómo garantizar, entonces, que si las putas salen del armario (aunque sea para buscar otro trabajo) no serán como corderos en

un rebaño de lobos? Porque mientras nuestra sociedad no cambie, eso es lo que sucedería. Si ya hay casos de acoso laboral con mujeres normales, imagínate qué harían con una que fue puta.

Por eso no creo que la legalización prospere mucho. Las mismas putas no la quieren (o en su mayoría, no). He participado en muchas discusiones sobre este tema en diferentes casas de putas, con mujeres distintas y procedentes de ambientes diferentes, y siempre fueron casi unánimes. Salvo contadas excepciones, legalizarse no les interesaba, básicamente porque temían decir que eran putas. Sé que eso es injusto para las que sí quieren la legalización, pero son una minoría, qué le vamos a hacer. Yo me lo planteé muy seriamente, pero me daba cuenta de que realmente no querría figurar como puta en ningún papel oficial. No quería atarme a ese mundo para siempre. Por eso creo que todo lo de la legalización quedará en nada, o lo harán solo un porcentaje mínimo de las putas reales. Me parece bien que se legalicen las que lo deseen, pero no se puede pretender que eso sea un remedio para todas. Para la mayoría, solo agravaría sus problemas familiares y sociales.

Todo esto es un problema de mal arreglo. Porque si dejas el puterío y no tienes ni paro, ni un currículum presentable, ni estudios adecuados o un respaldo familiar o amistoso fuerte, es muy difícil salir adelante. Sin embargo, se puede conseguir. Yo lo conseguí. Primero tuve que volver a casa de mis padres, cosa que siempre había jurado que no sucedería. Pero me tragué mis palabras y mi malestar y regresé, porque no podía dejar el puterío y mantener mi piso, ni mis gastos básicos. Dejé mi apartamento, aquel lugar que era mi independencia soleada, mi refugio. Dejé mis sueños pasados, cayendo como hojas muertas. Regalé o di casi todas mis pertenencias del hogar. Me desprendí de todo para lo cual había ahorrado e invertido durante tanto tiempo y volví al punto de partida de más de diez años atrás.

Tenía treinta años cuando regresé a casa de mis padres y aún tuve suerte porque me aceptaron sin poner pegajos. Pudo haber sido peor; hay mujeres que no tienen adónde regresar, dónde caerse muertas un tiempo mientras intentan empezar otra vez de cero. Afronté una nueva etapa de búsqueda de trabajo e inicié nuevos estudios. Por estudiar que no quedara. Sin embargo, aún tuve que seguir trabajando de puta, aunque durante menos horas, para pagar mis gastos y mantener un mínimo de independencia. Era aceptable comer y dormir en casa de mis padres, pero con treinta años pedirles dinero para comprarme un libro, salir el fin de semana o pagarme unos nuevos estudios, pues no.

Aquella fue la etapa más dura, porque ya no soportaba prostituirme más y me enfermaba cada dos por tres. No veía la manera de terminar con mi situación, porque además parecía que no había modo de encontrar otro trabajo. Enviaba currículos pero nadie me llamaba ni para decirme que no. Muchas veces llegaba hasta el lugar de mi trabajo como puta y sentía que no podía llamar al timbre. Entrar en el edificio, subir en el ascensor y encerrarme en aquellas cuatro paredes para ser follada otra vez se me antojaba insostenible, superior a mis fuerzas. Entonces daba media vuelta, me iba al parque cercano, me sentaba en un banco y tomaba aire. A veces lloraba de impotencia. Luego me enfadaba por llorar y me repetía a mí misma: “Piensa, piensa, piensa. ¿No eres tan lista? Alguna cosa se te tiene que ocurrir”.

Pero no sabía qué más pensar. Era como si mi cerebro no supiera funcionar correctamente en lo relativo a encontrar un empleo. Al final razonaba que de momento tenía que ir a trabajar de puta un día más. La jefa y los clientes me estaban esperando unas calles más allá, se trataba de no pensar tanto, era mejor ir a trabajar y dejar las reflexiones para otro momento. Al final iba. No me daba cuenta de que en realidad no “tenía” que ir más, y que

lo que pasaba es que no sabía dejarlo. Toda mi estructura mental relativa a la supervivencia material estaba dañada o distorsionada desde su raíz, desde mi infancia. Por eso, aunque veía que mi vida iba mal por ese camino, no sabía cambiar. Para remate, ya no obtenía ninguna satisfacción de mi “oficio”. A esas alturas de mi historia, hasta el dinero que ganaba me daba asco. Pero no ganarlo era aún peor. Estaba hecha un lío.

Finalmente, conocí a una mujer terapeuta, pero desde que la conocí hasta que empezó a tratarme aún pasaría un año. Durante ese tiempo trabajaba cada vez menos y peor, porque ya no podía más. Tenía síntomas raros, médicamente no explicables, porque en las analíticas no veían nada. Cistitis crónica no infecciosa, inflamación en los ovarios, vaginitis inespecífica, vértigos, contracturas aquí y allá sin razón aparente. O sensaciones extrañas, como por ejemplo notar un frío gélido que me envolvía la cintura, el vientre, las lumbares. Y no se aliviaba con nada: ni con baños calientes, ni envolviéndome telas de lana alrededor del cuerpo, ni metiéndome en la cama. Me dolía todo el cuerpo, casi no podía follar, porque cada penetración me dolía como si me golpearan el cuello del útero con una barra de hierro. Sentía que perdía energía, que mi cuerpo era como un vaso rajado desde el que se escapaba el agua. A veces me sentía vieja y agotada, y andaba como zombie. Me medicaba constantemente para los espasmos musculares, las contracturas, las migrañas, las anginas crónicas, los resfriados, los hongos, qué sé yo. Estaba harta de recurrir al ginecanestén o a los óvulos de blastoestimulina en el coño para poder trabajar. Ya no sabía cómo era mi cuerpo en estado natural.

El colmo fue cuando empecé a tener pequeños sangrados rectales, unidos a dolores internos extraños. Sentía como si tuviera púas metálicas atravesándome el colon y me acojoné. ¿Qué cuernos me estaba pasando? Tuve miedo, no de morirme, que casi

hubiera sido un alivio, sino de mal morirme. Porque los médicos no veían nada superficial. Debía de ser algo escondido, profundo. Tenían que hacerme pruebas a fondo en el hospital y el pavor me invadió. Me vi entrando en una espiral de médicos, pensé en tumores, cáncer, qué sé yo. No fui capaz de decirlo en casa. He aquí una muestra de la gran confianza que ha existido entre mis padres y yo. Todo lo escondí. Aparentemente yo era feliz, todo estaba bajo control, pero mi vida hacía aguas.

En ese estado de pánico y agobio al fin me entregué a las sesiones de terapia. Pensé que tal vez fuera a morir, pero al menos quería hacerlo del mejor modo posible. No quería meterme en un hospital sin más y dejar que me llevaran de aquí para allá, que todos empezaran a decidir por mí, sin haber tenido ni tiempo de detenerme, de descansar de mi vida, de revisar mi interior, de reflexionar. Entonces, gracias a la terapia descubrí... Ah, ¡no puedo resumirlo! Tengo que utilizar una metáfora. Tengo que decir que fue como en la película *Matrix*. Vi. Y lo que vi, aunque me dejó k.o., me hizo despertar, cambiar.

Pero ahora digamos, para acabar, que dejé la prostitución gracias a dos cosas: una, a haber cuidado mis relaciones humanas y amistosas ajenas al ambiente de trabajo, gracias a las cuales ciertas personas finalmente me ayudaron (terapeuta incluida). Dos, a haberme atrevido a “ver”, a elegir siempre consciencia frente a inconsciencia. Por duro que sea lo que descubras acerca de tu vida o de la vida en general, por mucho que al destapar la caja de Pandora te parezca que la realidad es horrorosa o un espanto, es mejor saber. Eso te permite afrontar el verdadero origen de tus males y dejar de odiarte; además, te capacita para entender mejor la realidad en que vivimos. De otro modo, no puedes buscar caminos de vida diferentes. Estás atrapado, como en la “matrix”, en inercias, programas mentales, etc.

Tal vez lo más difícil sea lo segundo: asumir ser conscientes, elegir siempre saber frente a no saber. No es un camino que todos deseen andar. Mi mejor amiga de la prostitución murió, en parte, porque no quiso andarlo. Siempre lo sentí así. Le daba más miedo afrontar su realidad y pedir ayuda como puta confesa que sufrir una larga y penosa enfermedad, como finalmente sucedió. Pero cada uno elige cómo afrontar lo que le sucede. No hay que juzgar a nadie, porque solo uno mismo sabe a qué está dispuesto, qué puede o desea afrontar y qué no.

Eso sí, cuando me preguntan cómo dejar realmente la prostitución, y me refiero a hacerlo para no volver nunca más, ni siquiera de forma encubierta (casándote con un millonario del cual vas a depender, o aceptando otra forma de explotación laboral), mi respuesta es: desprogramación, desprogramación, desprogramación. Lo cual significa: conciencia, conciencia, conciencia.